



Vol. III
No. 10
Septiembre - Diciembre
2025



Jorge Colorado Lanestosa

Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, México

jorge.colorado@ujat.mx

<https://orcid.org/0009-0006-6414-9260>

Cómo citar este texto:

Colorado Lanestosa, J. (2025). Erich Fromm y el Humanismo Radical: una ética del ser como faro para las nuevas generaciones. Revista Holón. Vol. III, No. 10. Septiembre – Diciembre 2025. Pp. 138-154. Universidad José Martí de Latinoamérica. URL disponible en: <https://revistas.up.ac.pa/index.php/holon>

Recibido: 1 de junio 2025

Aceptado: 20 de agosto 2025

DOI: <https://doi.org/10.48204/j.holon.n10.a8090>

Indexada y catalogado por:



Erich Fromm y el Humanismo Radical: una ética del ser como faro para las nuevas generaciones

Erich Fromm and Radical Humanism: an ethics of being as a beacon for new generations

Jorge Colorado Lanestosa
Universidad Juárez Autónoma de Tabasco. México
jorge.colorado@ujat.mx
<https://orcid.org/0009-0006-6414-9260>

RESUMEN

Este ensayo filosófico-narrativo propone una relectura crítica y comprometida del pensamiento de Erich Fromm, centrada en su propuesta de un Humanismo Radical como ética del ser frente a las múltiples crisis civilizatorias del siglo XXI. Desde mi experiencia actual como docente universitario en filosofía, planteo una preocupación compartida con muchas y muchos estudiantes: la desorientación ética y existencial de las nuevas generaciones. En ese contexto, recupero la figura de Fromm, no como un autor del pasado, sino como un pensador vigente que articula espiritualidad y análisis social, crítica cultural y esperanza activa. Exploro sus raíces judías y su vínculo con la ética profética; su ruptura con el psicoanálisis ortodoxo y su propuesta de una sociopsicología humanista; su crítica al carácter social moldeado por el capitalismo, al vaciamiento del sujeto moderno y al "hombre sin rostro" generado por la sociedad mercantilista; su llamado a reorientar la existencia del tener hacia el ser; y su apertura a una espiritualidad no dogmática, en diálogo con el budismo zen. También desarrollo su concepto de esperanza activa como actitud ética transformadora, y su defensa de una ética del cuidado, la biofilia y la compasión lúcida. Desde una voz personal y reflexiva, propongo la vigencia de una ética del ser como camino para resignificar la libertad, el amor, la educación, la espiritualidad y la esperanza. Esta lectura de Fromm no busca clausurar su pensamiento, sino revitalizarlo como faro ético y pedagógico para quienes anhelan vivir humanamente en un mundo que amenaza con deshumanizarnos.

Palabras clave: Humanismo, Educación, Ética, Pensamiento, Filosofía.

Abstract

This philosophical-narrative essay proposes a critical and committed rereading of Erich Fromm's thought, centered on his proposal for Radical Humanism as an ethic of being in the face of the multiple civilizational crises of the 21st century. Based on my current experience as a university philosophy professor, I raise a concern shared by many students: the ethical and existential disorientation of new generations. In this context, I recover the figure of Fromm, not as an author of the past, but as a current thinker who articulates spirituality and social analysis, cultural critique, and active hope. I explore his Jewish roots and their connection with prophetic ethics; his break with orthodox psychoanalysis and his proposal for a humanist sociopsychology; his critique of the social character shaped by capitalism, the emptying of the modern subject, and the "faceless man" generated by mercantilist society; his call to reorient existence from having to being; and his openness to a non-dogmatic spirituality, in dialogue with Zen Buddhism. I also develop his concept of active hope as a transformative ethical attitude, and his defense of an ethics of care, biophilia, and lucid compassion. From a personal and reflective perspective, I propose the validity of an ethics of being as a path to redefining freedom, love, education, spirituality, and hope.

This reading of Fromm does not seek to close his thought, but rather to revitalize it as an ethical and pedagogical beacon for those who yearn to live humanely in a world that threatens to dehumanize us.

Keywords: Humanism, Education, Ethics, Thought, Philosophy.

ERICH FROMM E O HUMANISMO RADICAL: UMA ÉTICA DO SER COMO FAROL PARA AS NOVAS GERAÇÕES

Resumo

Este ensaio filosófico-narrativo propõe uma releitura crítica e comprometida do pensamento de Erich Fromm, centrada em sua proposta de Humanismo Radical como ética do ser diante das múltiplas crises civilizacionais do século XXI. A partir da minha experiência atual como professor universitário de filosofia, abordo uma preocupação compartilhada por muitos estudantes: a desorientação ética e existencial das novas gerações. Nesse contexto, recupero a figura de Fromm, não como um autor do passado, mas como um pensador atual que articula espiritualidade e análise social, crítica cultural e esperança ativa. Exploro suas raízes judaicas e sua conexão com a ética profética; sua ruptura com a psicanálise ortodoxa e sua proposta de uma sociopsicologia humanista; sua crítica ao caráter social moldado pelo capitalismo, ao esvaziamento do sujeito moderno e ao "homem sem rosto" gerado pela sociedade mercantilista; seu chamado para reorientar a existência do ter para o ser. e sua abertura a uma espiritualidade não dogmática, em diálogo com o Zen Budismo. Também desenvolvo meu conceito de esperança ativa como atitude ética transformadora e sua defesa de uma ética do cuidado, da biofilia e da compaixão lúcida. De uma perspectiva pessoal e reflexiva, proponho a validade de uma ética do ser como caminho para redefinir a liberdade, o amor, a educação, a espiritualidade e a esperança. Esta leitura de Fromm não busca encerrar seu pensamento, mas sim revitalizá-lo como um farol ético e pedagógico para aqueles que anseiam por viver humanamente em um mundo que ameaça nos desumanizar.

Palavras-chave: Humanismo, Educação, Ética, Pensamento, Filosofia.

ERICH FROMM ET L'HUMANISME RADICAL : UNE ETHIQUE DE L'ETRE COMME GUIDE POUR LES NOUVELLES GENERATIONS

Résumé

Cet essai philosophico-narratif propose une relecture critique et engagée de la pensée d'Erich Fromm, centrée sur sa proposition d'un humanisme radical comme éthique de l'être face aux multiples crises civilisationnelles du XXI^e siècle. Fort de mon expérience actuelle de professeur de philosophie à l'université, je soulève une préoccupation partagée par de nombreux étudiants : la désorientation éthique et existentielle des nouvelles générations. Dans ce contexte, je retrouve la figure de Fromm, non pas comme un auteur du passé, mais comme un penseur actuel qui articule spiritualité et analyse sociale, critique culturelle et espoir actif. J'explore ses racines juives et leur lien avec l'éthique prophétique ; sa rupture avec la psychanalyse orthodoxe et sa proposition d'une sociopsychologie humaniste ; sa critique du caractère social façonné par le capitalisme, le vide du sujet moderne et l'« homme sans visage » engendré par la société mercantiliste ; son appel à réorienter

l'existence de l'avoir vers l'être ; et son ouverture à une spiritualité non dogmatique, en dialogue avec le bouddhisme zen. Je développe également son concept d'espoir actif comme attitude éthique transformatrice, ainsi que sa défense d'une éthique du soin, de la biophilie et de la compassion lucide. D'un point de vue personnel et réflexif, je propose la validité d'une éthique de l'être comme voie de redéfinition de la liberté, de l'amour, de l'éducation, de la spiritualité et de l'espoir. Cette lecture de Fromm ne cherche pas à clore sa pensée, mais plutôt à la revitaliser en tant que phare éthique et pédagogique pour ceux qui aspirent à vivre humainement dans un monde qui menace de nous déshumaniser.

Mots clés : Humanisme, Éducation, Éthique, Pensée, Philosophie.

INTRODUCCIÓN

¿Puede el pensamiento de un psicoanalista humanista del siglo XX convertirse en un faro ético para navegar el caos del siglo XXI? La pregunta que guía el presente ensayo, no nace del asombro académico, sino de una inquietud existencial, vinculada a la práctica docente en el ámbito de la filosofía desde hace décadas. Se ha observado cómo en el aula y más allá de ella, las nuevas generaciones enfrentan incertidumbres éticas profundas: desorientación frente al sentido de la vida, angustia ante la libertad, vacío afectivo, alienación disfrazada de éxito, soledad digital. Estas experiencias se manifiestan en sus preguntas, en sus silencios, en su búsqueda —a veces desesperada— de referentes que no impongan, sino que acompañen.

En ese contexto, la lectura de Erich Fromm adquiere una renovada relevancia, no para leerlo como a un clásico respetable, ni como a un psicoanalista histórico, sino como a un interlocutor vivo. Su propuesta de un Humanismo Radical se presenta hoy más vigente que nunca: no como ideología, ni como doctrina cerrada, sino como un faro ético, una llamada al despertar de la conciencia, una invitación a resistir la necrofilia cultural dominante y a cultivar la biofilia como forma de vida.

Este ensayo tiene como propósito recuperar, reinterpretar y revalorizar el legado de Fromm desde una lectura filosófica, narrativa y comprometida. Explora no solo algunas de sus obras y conceptos, sino también sus raíces espirituales, sus tensiones internas, su trayectoria coherente y su apertura al diálogo entre saberes. Analiza la influencia decisiva de su formación judía, su crítica al psicoanálisis ortodoxo, su rol en la Escuela de Frankfurt, su lectura crítica de Marx, su acercamiento al budismo zen, su visión del carácter social moderno, su apuesta por el paso del tener al ser, y su propuesta de una espiritualidad sin dogmas. Asimismo, examina su noción de esperanza activa como ética vivida, y su testimonio de vida como coherencia encarnada. Todo ello desde una mirada personal, afectiva y docente.

No se trata de ofrecer una síntesis enciclopédica ni una biografía comentada. La intención es, más bien, compartir una lectura viva, que nace del diálogo entre el pensamiento de Fromm y mi experiencia como educador. Porque creo —y lo afirmo como hipótesis central— que el Humanismo Radical de Erich Fromm conserva una vigencia decisiva para enfrentar las crisis de nuestro tiempo. No solo como una alternativa ética, sino como un camino de transformación personal y colectiva, en favor de una vida más consciente, más libre, más amorosa, más humana.

Cartografía de una vida intelectual comprometida

Antes de entrar en sus raíces espirituales y éticas, conviene delinear brevemente el mapa biográfico-intelectual de Erich Fromm, porque su pensamiento no surgió en el vacío, sino en diálogo profundo con su época, con las corrientes científicas y filosóficas más relevantes del siglo XX, y con diversas tradiciones culturales. Fromm fue un lector riguroso de Karl Marx y Sigmund Freud, pero también de Kierkegaard, Spinoza, Buda, Jesús y los profetas hebreos. Su formación se nutrió del derecho, la sociología, la filosofía y el psicoanálisis. Dialogó críticamente con el pensamiento liberal, el existencialismo, el marxismo, el humanismo renacentista y la psicología humanista.

Su tesis versó sobre la ley judía. Posteriormente, en 1928, Fromm se formó como psicoanalista en el Instituto Karl Abraham en Berlín. Hasta 1926, fue un ansioso y apasionado estudioso del Talmud. Su máxima aspiración era ser un gran maestro del Talmud. Por esta época, hasta 1925, tomó clases sobre el Talmud con el rabino Salman B. Rabinkow, quien ejerció gran influencia en él, además del rabino Dr. Nehemías Antón Nobel. El primero lo hizo conocer la filosofía de Hermann Cohen, un neokantiano comprometido con el diálogo entre judaísmo y razón.

A lo largo de su vida, mantuvo vínculos con instituciones como el Instituto de Investigaciones Sociales de Frankfurt, la Universidad de Columbia, el Instituto William Alanson White en Nueva York, y fundó junto con otros colegas el Instituto Mexicano de Psicoanálisis, desde donde ejerció una influencia considerable en la formación de psicoanalistas en América Latina.

En 1950, Fromm llegó a México, donde permaneció hasta 1973. Durante este tiempo, en 1956, fundó la Sociedad Psicoanalítica Mexicana, que se convirtió en 1963 en el Instituto Mexicano de Psicoanálisis. Durante un cuarto de siglo residió en Cuernavaca, fascinado con su gente, su cultura y su estructura socioeconómica, lo que lo llevó a realizar una profunda investigación sobre el Sociopsicoanálisis del campesino mexicano, que derivó en 1970 en su libro del mismo nombre. Desde 1951, fue profesor extraordinario de la Facultad de Medicina de la UNAM, donde creó un curso de especialización en psicoanálisis. Sus últimos años de vida los pasó en Suiza, donde falleció el 18 de marzo de 1980. A lo largo de su carrera, Fromm publicó más de 20 libros a nivel mundial.

En 1919, participó en la fundación de la “Asociación para la Cultura del Pueblo Judío de Frankfurt del Meno”. En 1920, participó en la fundación del “Instituto Judío de Libre Enseñanza”, donde Fromm dirigió un curso avanzado sobre el Éxodo. Rabinkow era un radical humanista que defendía la autonomía del individuo y su relación con la comunidad. Fromm repetía toda su vida una frase de Hillel, que aprendió de Rabinkow: “Si yo no soy para mí, ¿quién entonces? Pero si solo soy para mí, ¿qué soy entonces? Y si no ahora, ¿cuándo?”

Fue una figura presente tanto en círculos académicos como en movimientos sociales, defensor del pacifismo, de los derechos humanos, y crítico del militarismo estadounidense durante la Guerra Fría. Su pensamiento influyó en ámbitos tan diversos como la psicoterapia, la educación, la política cultural y la crítica social. Comprender esta constelación de influencias y resonancias permite situar a Fromm no solo como un autor valioso, sino como una de las voces más lúcidas y comprometidas del pensamiento contemporáneo.

Entre la Torá y el psicoanálisis: el origen ético de una mirada radical

Conocer el pensamiento de Fromm sin atender a sus raíces sería perder de vista lo más decisivo de su trayectoria: su profunda coherencia entre vida y obra. Por eso, el acercamiento a su pensamiento no parte necesariamente por sus teorías más famosas, sino por la pregunta que lo habitó desde el inicio: ¿cómo vivir una vida plenamente humana en medio de un mundo profundamente deshumanizado? Esta preocupación no emergió tardíamente en su obra, sino que lo acompañó desde su infancia, en el seno de una familia judía de tradición ortodoxa, profundamente influenciada por la cultura del estudio, la ley y la conciencia moral.

Nacido en 1900 en Fráncfort del Meno, hijo único de padres practicantes del judaísmo ortodoxo, Fromm se formó en un ambiente donde el Talmud y las enseñanzas rabínicas eran parte de la vida cotidiana. Esta experiencia no solo lo marcó espiritualmente, sino que le ofreció una primera aproximación a la idea de que la vida ética está en el centro de la condición humana. Fue su encuentro con el rabino Nehemías Antón Nobel, y más aún con el rabino y pensador Salomón Rabinkow —profundamente influenciado por el jasidismo y el humanismo talmúdico— lo que consolidó en Fromm una sensibilidad que ya no abandonaría: la convicción de que toda auténtica religiosidad debe conducir al amor, la responsabilidad, la justicia y la libertad.

Su formación inicial fue, por tanto, una amalgama entre religiosidad ética, rigor intelectual y sensibilidad humanista. Estudió derecho en Heidelberg, pero pronto lo abandonó para inclinarse por la filosofía y luego por la sociología. Influido por Georg Simmel y Alfred Weber (hermano de Max Weber), Fromm comenzó a delinear una perspectiva crítica que integraba los fundamentos éticos del judaísmo con las herramientas conceptuales de las ciencias sociales. Años más tarde, recordaría cómo la tragedia de la Primera Guerra Mundial y el suicidio de un amigo cercano —un joven rabino— terminaron por fracturar su fe en una teología sobrenatural, y lo empujaron hacia una espiritualidad más libre, racional y antropológica.

Este paso del judaísmo ortodoxo hacia una espiritualidad laica no supuso, sin embargo, un rechazo de sus raíces, sino una profundización. Fromm no se convirtió en un renegado, sino en un reformulador. Releyó a los profetas, al Talmud, a Maimónides, al jasidismo, y encontró allí una semilla de pensamiento ético universal, que luego resonaría en sus estudios del psicoanálisis, la cultura y la política. Así, cuando Fromm se acerca al psicoanálisis —a través de su formación en el Instituto Karl Abraham de Berlín y posteriormente en el círculo freudiano— lo hace desde una inquietud ética ya muy consolidada.

Pero pronto encontró insuficiencias en el esquema freudiano clásico. A pesar de valorar profundamente las aportaciones clínicas de Freud —como el inconsciente, la represión y la transferencia— Fromm fue crítico de su biologicismo, su pesimismo antropológico y su indiferencia hacia lo social. No aceptaba la idea de que el ser humano estuviera fatalmente condenado a una lucha entre pulsiones reprimidas. Tampoco compartía la visión freudiana de la religión como simple “ilusión infantil”. Para Fromm, la religiosidad podía ser una experiencia de apertura, de sentido, de comunión con la vida, siempre que no se convirtiera en alienación.

En lugar de una metapsicología cerrada, Fromm proponía una visión del psicoanálisis como herramienta emancipadora: un instrumento de autoconocimiento y de liberación interior, que debía conectarse con las

estructuras sociales, culturales y económicas. Fue así como, en diálogo con Marx y con la sociología crítica alemana, Fromm fue dando forma a su propuesta de un sociopsicoanálisis humanista, cuyo centro era la pregunta por la libertad, el amor y el sentido de la existencia.

Esta fusión entre la raíz profética del judaísmo y el psicoanálisis reformulado es una de las contribuciones más originales de Fromm. No era simplemente un psicoanalista que leía a Marx, ni un sociólogo que usaba metáforas freudianas; era, ante todo, un pensador ético que buscaba comprender al ser humano desde su vulnerabilidad y su potencia, desde su miedo a la libertad y su deseo de plenitud.

Lejos de rechazar su tradición. Fromm la releyó, la expandió, la volvió crítica. Y esa es, quizás, una de las lecciones más urgentes para este tiempo: no romper con lo que nos dio origen, sino transformarlo desde dentro. Su pensamiento demuestra cómo una espiritualidad ética, una razón afectiva y una crítica social pueden entrelazarse sin dogmatismo, con profundidad y compasión.

Porque, como él mismo dijo alguna vez, “solo quien ha sido extranjero puede comprender al otro”. Y en esa extranjería —religiosa, cultural, existencial— Fromm encontró el punto de partida de una mirada verdaderamente humana.

El carácter social y la crítica al mundo moderno

La entrada de Fromm al Instituto de Investigaciones Sociales de Frankfurt marcó un punto de inflexión en su pensamiento. Allí encontró un espacio donde el psicoanálisis, el marxismo y la filosofía crítica podían dialogar —aunque no siempre armoniosamente— en torno a las patologías sociales del mundo moderno. Fue un periodo fecundo, pero también tenso. Si bien Fromm compartía con Adorno, Horkheimer y Marcuse la preocupación por la alienación del individuo en el capitalismo avanzado, su tono era distinto: menos oscuro, más esperanzado. No creía que la ilustración estuviera condenada al totalitarismo, como sostenía Adorno en *Dialéctica de la Ilustración*; para Fromm, el ser humano seguía poseyendo una capacidad de transformación ética que no debía subestimarse.

Sobre el espíritu del Círculo de Frankfurt, Horkheimer (citado en Waldman, 1989) sostiene:

“Pesimista es, en realidad, una idea sobre la culpa del género humano, pesimista en relación con la idea de hacia dónde corre la historia..., pero ¿en qué consiste el pesimismo? Consiste, a pesar de todo ello, en intentar realizar aquello que se considera como verdadero y bueno. Y así, nuestro lema fue: ser pesimistas teóricos y optimistas prácticos”. (p. 78).

Esta tensión entre melancolía histórica y apuesta utópica marcó el tono de la Escuela de Frankfurt. Horkheimer y Adorno, marcados por la experiencia del exilio, el Holocausto y el avance del capitalismo deshumanizante, elaboraron una crítica sin concesiones. Fromm compartía este diagnóstico, pero se resistía a abandonar la esperanza. En lugar de renunciar a lo humano, insistía en recuperarlo desde sus fundamentos éticos, sociales y afectivos. Como diría más adelante Adorno (citado en Waldman, 1989): “Es la esperanza, al sustraerse de una realidad a la que niega, la única forma en que se manifiesta la verdad” (p. 75).

Fue en este contexto donde Fromm desarrolló uno de sus conceptos clave: el de *carácter social*. Inspirado tanto por Freud como por Marx, entendía que toda sociedad —mediante sus instituciones, narrativas, prácticas y estructuras económicas— moldea una forma específica de carácter: una orientación afectiva y motivacional funcional al orden establecido. En el capitalismo, por ejemplo, predomina el *carácter mercantilista*, que convierte al individuo en una “mercancía viviente”, valorado por su capacidad de competir, rendir y adaptarse a las exigencias del mercado. No se trata solo de una alienación económica, sino de una colonización emocional.

En *El corazón del hombre*, Fromm (1983) critica con fuerza los signos principales de la sociedad moderna, tecnificada, de las grandes empresas multinacionales:

“La intelectualización, la cuantificación, la abstracción, la burocratización y la ‘cosificación’ — las características mismas de la sociedad industrial moderna—, no son principios de vida sino de mecánica cuando se aplican a personas y no a cosas. La gente que vive en ese sistema se hace indiferente a la vida y hasta es atraída por la muerte”. (p. 63).

El carácter social internaliza la lógica del sistema, convirtiéndose en un vehículo de reproducción inconsciente de las estructuras dominantes. Y esto, según Fromm, explica por qué incluso en contextos formales de libertad, los sujetos actúan de manera sumisa, temerosa, y muchas veces autodestructiva. Es lo que él desarrolla en su célebre obra *El miedo a la libertad* (2006): la libertad, en lugar de vivirse como posibilidad creativa, genera ansiedad. Por eso muchas personas prefieren entregarse a ideologías autoritarias, a mecanismos de evasión o a formas de conformismo que les aseguren protección y pertenencia.

Fromm identifica tres mecanismos fundamentales de evasión de la libertad: la auto marginación, el autoritarismo y la destructividad. Estos mecanismos permiten que el individuo escape de la angustia existencial, pero a costa de su autonomía y su plenitud. Es una libertad vacía, aparente, que no desemboca en el ser, sino en el tener, el consumir, el obedecer.

En este contexto, Fromm desarrolló su psicología social analítica y dinámica y su teoría sobre la formación del carácter social, integrando el materialismo histórico y el psicoanálisis. Esta perspectiva le permitió mostrar cómo las estructuras sociales se inscriben en el inconsciente colectivo, configurando patrones de conducta y modos de sentir que refuerzan el orden dominante.

Fromm, siguiendo a Marx, recordaba: “No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino, por el contrario, es su existencia social lo que determina su conciencia” (Marx, 2008, p. 5).

Esta afirmación —que es uno de los ejes del materialismo histórico— fue radicalmente reinterpretada por Fromm: no se trataba solo de la conciencia racional, sino también del inconsciente social. Así, propuso que el aparato psíquico también estaba moldeado por las condiciones sociales y culturales, y que el inconsciente individual debía leerse como un producto de la estructura del ser social.

En 1956 Fromm sostiene que la sociedad moderna ha generado una figura típica: el “hombre organización”, cuya identidad está subordinada al cumplimiento mecánico de normas. No actúa por convicción ética, sino por deber funcional. Su conciencia se adormece, su espontaneidad se paraliza y su culpa ya no proviene del daño causado, sino de la infracción a los reglamentos. En este punto, su lectura de Marx se vuelve decisiva. A diferencia de muchos marxistas ortodoxos, Fromm no ve al proletariado como un redentor automático de la historia, ni reduce la conciencia a la infraestructura económica.

Lo que le interesa de Marx es su noción de *alienación*: esa pérdida del vínculo entre el sujeto y su potencia creadora, entre el ser humano y el sentido de su existencia. Pero Fromm la lleva más lejos: la aplica a las relaciones afectivas, a la educación, a la religión, al amor. El sujeto moderno, dice, ya no se siente dueño de sí mismo: se siente extranjero en su trabajo, en su pareja, en su comunidad y hasta en su cuerpo.

Al leer por primera vez esta crítica al carácter social, fue revelada la vigencia que aún conserva en la actualidad. ¿Qué tipo de carácter moldea hoy nuestra sociedad hiperconectada, hipercompetitiva, hiperproductiva? ¿Qué formas de sumisión pueden estar encubiertas bajo discursos de éxito, innovación o emprendimiento? Esta situación también se refleja en jóvenes estudiantes, jóvenes brillantes y sensibles, que muchas veces se sienten atrapados en un modelo de vida que no eligieron, pero que no saben cómo cuestionar sin perderse. Y Fromm, con su lucidez ética, ha ayudado a acompañarlos —no con recetas, sino con preguntas profundas.

Una de las más radicales es esta: ¿vivimos para producir o producimos para vivir? La economía, decía Fromm, debe estar al servicio del ser humano, y no al revés. Y esto implica revisar nuestras ideas sobre el trabajo, el consumo, el progreso y, sobre todo, la felicidad. La felicidad, en la lógica del carácter productivo —el único que Fromm considera sano— no es un estado pasivo ni una acumulación de placeres, sino una experiencia activa de sentido, de creación, de comunión con el otro y con el mundo.

Por eso, en lugar de resignarse al diagnóstico sombrío de sus colegas de Frankfurt, Fromm insistió en una tarea ética: reconstruir la subjetividad desde el interior, resistir el carácter alienado y cultivar una disposición biofílica, es decir, amorosa con la vida en todas sus formas.

En *El corazón del hombre* (1983) hablará de la necrofilia como la pasión por lo muerto, lo mecánico, lo controlable —una pulsión cultural que se expresa en la burocracia, la violencia estructural, el autoritarismo y la tecnocracia sin alma— frente a la biofilia, que es la capacidad de vibrar con la existencia, de crear, de cuidar, de amar sin poseer.

Fromm no era ingenuo. Sabía que el cambio profundo no se produce ni con leyes ni con consignas. Pero tampoco era cínico. Creía —y eso es lo que más me conmueve— que en cada persona hay una semilla de libertad, de ternura, de pensamiento crítico. Y que esa semilla puede florecer si se cultivan las condiciones adecuadas: en la educación, en las familias, en las comunidades, en las relaciones humanas.

Leer a Fromm, entonces, no es solo entender el carácter social que nos aliena. Es también una invitación a reconstruirnos desde lo más hondo, a tomar conciencia de nuestras trampas internas, y a asumir la libertad no como amenaza, sino como oportunidad de volver a ser humanos.

Del tener al ser: una ética para la transformación humana

Una de las mayores aportaciones de Fromm —y quizás la más pedagógica— es la que desarrolla en sus obras *¿Tener o ser?* (1984), *Ética y psicoanálisis* (2008) y *El arte de amar* (2024). En sus escritos Fromm plantea que la gran encrucijada del ser humano moderno no es meramente económica o política, sino existencial: la sociedad contemporánea ha educado a las personas para poseer, acumular, competir, pero no para ser. Esta distinción, que puede parecer abstracta a primera vista, encierra una crítica radical a la cultura contemporánea.

Desde la infancia, se promueve el deseo por aquello que puede tenerse, no lo que puede llegar a ser. En las escuelas se valora más la memorización de contenidos que la capacidad de pensar con autonomía. Las redes sociales alientan la exposición de posesiones —cosas, logros, cuerpos, experiencias— como si estos definieran la identidad. Incluso las relaciones afectivas, muchas veces, se vuelven transacciones. El tener se ha convertido en una manera de existir. Pero Fromm nos alerta: quien vive desde el tener teme perder; quien vive desde el ser, simplemente es.

El modo de tener está centrado en la apropiación. Se basa en la ilusión de que lo que poseo me define: “mi título”, “mi pareja”, “mi dinero”, “mi casa”, “mi conocimiento”. Pero en cuanto ese objeto desaparece, también se desmorona la identidad. Por eso este modo existencial genera ansiedad, necesidad de control, miedo al cambio. En cambio, el modo de ser no depende de la acumulación, sino de la expresión. El ser se manifiesta en el acto mismo de vivir, de amar, de crear, de pensar, de cuidar.

Fromm vincula estos modos de vida con tipos de carácter. En sus estudios sobre el carácter social y psicológico, distingue entre el carácter productivo —que es capaz de desplegar las potencialidades del ser humano de manera creativa, libre y amorosa— y los caracteres que giran en torno al tener: el acumulativo, el explotador, el receptivo y el mercantilista. Este último, especialmente vigente en nuestras sociedades, lleva al sujeto a verse a sí mismo como una mercancía, a medir su valor por su “marca personal”, su imagen pública o su productividad económica.

En *¿Tener o ser?* (1984) Fromm ilustra esta distinción con ejemplos tan diversos como leer un libro o contemplar una flor. Quien se relaciona desde el tener, dice: “ya leí este libro” o “arranqué esta flor”; quien se relaciona desde el ser, dice: “estoy leyendo”, “estoy contemplando”. El primero quiere poseer el objeto; el segundo desea vivir la experiencia. Esta diferencia, aparentemente sutil, transforma radicalmente la relación con el mundo, con los otros y con nosotros mismos.

En 1960, Fromm formuló una cuarta orientación no productiva: la mercantil o mercantilista, producto de la sociedad capitalista industrial, que corresponde al “hombre sin rostro”. El hombre es una mercancía en el “Mercado de las Personalidades”. Aquí es evidente la influencia de los *Manuscritos económico-filosóficos* de Marx

(el joven de 1844), los cuales rescata Fromm en su libro *Marx y su concepto del hombre* (2019), proscrito por décadas en la Unión Soviética. Cabe destacar que la teoría crítica no distingue entre socialismo (estalinista) y capitalismo, sino que se dirige contra la civilización moderna y la sociedad tecnológica avanzada.

Desde esta perspectiva, la ética ya no se concibe como un conjunto de normas externas impuestas por una autoridad, sino como un camino de autorrealización. En *Ética y psicoanálisis* (2008), Fromm distingue entre una ética autoritaria —que se basa en la obediencia, el castigo y la culpa— y una ética humanista, basada en el florecimiento de lo mejor que hay en el ser humano. Esta ética se apoya en la razón, pero también en la compasión, en la ternura, en la capacidad de ponerse en el lugar del otro.

Desde la docencia, ha de comprobarse cuán profundamente transforma esta distinción a los jóvenes estudiantes. Cuando se sienten valorados no por sus calificaciones, sino por su capacidad de pensar, de dialogar, de ser ellos mismos, algo en ellos se despierta. Y eso es precisamente lo que Fromm propone: una educación que no forme autómatas exitosos, sino personas capaces de vivir con sentido.

Fromm no se limitó a denunciar. También propuso un modelo alternativo de sociedad, basado en la biofilia, el respeto a la vida, la cooperación, la justicia distributiva, la democracia participativa y la descentralización del poder. Defendió la necesidad de una “economía sana”, centrada en las necesidades humanas y no en el lucro desmedido. Sostuvo que el trabajo debía ser una expresión de creatividad, no una carga alienante. Propuso el concepto de “consumo sano”, que implica consumir lo necesario para una vida digna, pero sin caer en la compulsión destructiva del consumo sin sentido.

En *¿Tener o ser?*, Fromm (1984) reflexiona:

“Si hemos realizado nuestra utopía técnica, ahora debemos realizar la utopía humana. Necesitamos una ‘ciencia humanista del hombre’ que sea la base de una ciencia y un arte aplicados a la reconstrucción social (...) La meta no es dominar la naturaleza, sino la técnica, las fuerzas sociales irracionales y las instituciones que amenazan la supervivencia de la sociedad occidental, sino de toda la especie humana” (p. 165).

El modelo de la nueva sociedad que propugna el “Humanismo radical” debe ser determinado por los requerimientos de los individuos no adaptados, sino orientados a “Ser”. Terminar con la situación actual en que solo es posible una economía saludable al precio de tener seres humanos enfermos.

Esta visión no es utópica en el sentido ingenuo, sino como horizonte regulador. No se trata de imponer una nueva norma, sino de invitar a un despertar. De pasar del miedo a la libertad, del vacío a la presencia, de la compulsión al cuidado. Y ese tránsito —tan necesario hoy— exige una ética del ser: una ética que no impone, sino que inspira; que no castiga, sino que acompaña; que no divide, sino que integra.

Al leer a Fromm, es posible sentir que está hablando desde un lugar de profunda humanidad. No desde la superioridad del maestro, sino desde la cercanía del hermano mayor que ha recorrido el camino del miedo, de la

duda, del desarraigo, y que ha encontrado, en medio de la oscuridad, un faro que ilumina: la posibilidad de vivir desde el ser, con amor, con lucidez, con libertad.

La espiritualidad sin dogma: budismo zen, libertad interior y esperanza activa

Uno de los aspectos más originales y menos explorados del pensamiento de Fromm es su diálogo con la espiritualidad, particularmente con el budismo zen. En una época donde era común que los pensadores occidentales despreciaran o ridiculizaran las tradiciones orientales, Fromm hizo exactamente lo contrario: se acercó al budismo no como creyente, ni como converso, sino como un humanista ético en búsqueda de sabiduría para una vida plena y libre.

Este interés se plasmó de manera notable en el libro *Budismo zen y psicoanálisis* (1982), que escribió en colaboración con D. T. Suzuki y Richard de Martino. Allí propone un encuentro entre dos caminos de autoconocimiento: el psicoanálisis, como vía occidental para liberar al sujeto de sus ataduras inconscientes, y el budismo zen, como vía oriental para trascender el ego y despertar a la presencia viva del ser. Ambos, en su núcleo más profundo, buscan lo mismo: liberar al ser humano de sus ilusiones y sufrimientos, para reconectarlo con su esencia.

Fromm encontraba en el zen una afinidad sorprendente con su propia visión ética. En el zen, el despertar no es un logro místico inalcanzable, sino una apertura radical al presente. No se trata de alcanzar un más allá, sino de estar aquí, con atención, con humildad, con compasión. Esa actitud —que en occidente podría parecer pasiva o evasiva— es, para Fromm, una forma suprema de libertad interior. Frente al sujeto ansioso, compulsivo y fragmentado del capitalismo moderno, el zen propone un sujeto atento, sereno, no dominado por el deseo ni por el miedo.

Fromm (1982) afirma que el zen “es la forma más radical de pensamiento que se basa en la experiencia directa de la realidad, sin la mediación de ideas fijas o conceptos” (p. 15). Esta experiencia no es irracional, sino transracional: va más allá del pensamiento discursivo sin negarlo, como cuando uno contempla una puesta de sol, siente el viento en el rostro o se entrega a un acto de amor sin explicaciones.

Esta visión no fue para él una moda pasajera. Fromm practicaba ejercicios de meditación, respiración consciente y silencio interior, no como un ritual religioso, sino como una forma de higiene del alma. Entendía que el sufrimiento humano tiene raíces profundas en la desconexión: desconexión con uno mismo, con los otros, con la naturaleza, con el misterio de la existencia. Y esa desconexión solo puede sanar desde una experiencia que reintegre lo racional con lo intuitivo, lo individual con lo colectivo, lo interior con lo exterior.

Lo interesante es que Fromm no opuso esta espiritualidad al pensamiento crítico ni a la acción política. Al contrario, consideraba que la transformación social requiere una transformación espiritual. En *La revolución de la esperanza* (1982c), sostiene que toda auténtica revolución —más allá de la lucha económica o ideológica— necesita una regeneración del corazón humano. No basta con cambiar las leyes si no cambiamos la conciencia. No basta con denunciar el sistema si no cultivamos una subjetividad nueva.

Para Fromm, esa revolución del alma no se alcanza por imposición ni por dogma, sino por experiencia. Por eso hablaba de una espiritualidad sin religión institucional, sin moralismo, sin teología autoritaria. Una espiritualidad del ser, no del tener. Una apertura humilde al misterio de la vida, al sufrimiento del otro, al silencio fecundo que nos habita cuando dejamos de huir de nosotros mismos.

Esta espiritualidad sin dogma conecta también con el pensamiento de Albert Schweitzer, a quien Fromm admiraba profundamente, y con su noción de “reverencia por la vida”. En ambos casos, se trata de una ética del cuidado, del respeto, de la responsabilidad. Pero también de la alegría que surge cuando el yo se despoja de su narcisismo y se abre al ser.

En este punto, Fromm vuelve a tender puentes entre tradiciones. Reconoce en Jesús, Buda y los profetas del Antiguo Testamento una misma intuición: que la verdad no se posee, se vive; que el amor no se exige, se practica; que la libertad no se decreta, se conquista cada día. Esta universalidad espiritual no lo llevó a un sincretismo banal, sino a una ética profunda: aquella que se basa en la experiencia de la unidad, de la interdependencia, del respeto sagrado por toda forma de vida.

Esta perspectiva impacta especialmente, porque se ha visto cómo muchos jóvenes buscan hoy respuestas espirituales fuera de los marcos tradicionales, pero con una sed auténtica de sentido. Fromm les habla con una voz que no juzga, que no impone, que no manipula. Les propone una búsqueda que es a la vez racional y amorosa, crítica y contemplativa. Les recuerda que no estamos solos, ni perdidos, si aprendemos a mirar hacia dentro y hacia el otro con ojos nuevos.

Y en medio del desencanto moderno, sostuvo una forma activa de esperanza. No como ilusión, sino como decisión; no como consuelo, sino como coraje. La esperanza activa —término que él mismo acuñó— es la fe en la posibilidad de transformación, personal y colectiva, a pesar del dolor, del absurdo o del fracaso. En ello converge con el budismo zen, con el cristianismo más puro, con la mística judía y con el humanismo secular.

Tal vez por eso *La revolución de la esperanza* (1982c) sigue siendo, desde la opinión de este autor, uno de sus libros más conmovedores. No por sus propuestas políticas, sino por su tono sereno, su confianza en lo humano, su llamado a no ceder ante el cinismo. Fromm sabía que la esperanza es paradójica, que no hay certeza de los resultados de nuestras acciones, pero que vale la pena intentarlo.

El extraño que comprendía al mundo: legado, coherencia y utopía posible

Hay en la figura de Fromm algo profundamente conmovedor. Fue, en muchos sentidos, un extraño: judío en tierra hostil, psicoanalista heterodoxo en una comunidad dominada por el dogma freudiano, socialista ético sin partido, crítico del capitalismo en un mundo entregado al mercado, y espiritual sin religión institucional. Y, sin embargo, nunca se refugió en el resentimiento, ni se atrincheró en el cinismo. Eligió —con lucidez, con humildad— vivir en la frontera, en el cruce de caminos, donde el pensamiento puede respirar y el alma no se encierra.

Esa extranjería no fue una desventaja, fue su punto de partida ético. Tenía claro que quien ha sido extranjero puede comprender al otro. Fromm supo comprender. Comprendió al niño herido tras la máscara del adulto. Al trabajador alienado que se confunde con la máquina. A la mujer oprimida en nombre del amor. Al joven asfixiado por los ideales del éxito. Al creyente sincero atrapado en el legalismo. Al ateo desesperado por sentido. A la persona cualquiera, tú o yo, que quiere vivir con dignidad, pero no sabe cómo.

Su obra es, ante todo, un acto de compasión lúcida. No compasión sentimental ni condescendiente, sino esa forma profunda de comprensión que nace de haber atravesado el dolor y de haberse comprometido con la vida. Fromm no escribía desde la torre de marfil, sino desde el aula, la consulta, la calle, la historia. Sus libros están llenos de preguntas que brotan de la experiencia humana, no de sistemas abstractos. Y por eso siguen siendo leídos, porque no prescriben, sino que invitan; no adoctrinan, sino que despiertan.

En su libro *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea* (2005), Fromm señalaba que el cristianismo predicó la renovación espiritual, pero descuidó los cambios en el orden social; que la Ilustración propuso el juicio independiente, pero sin alterar la economía; y que el socialismo impulsó los cambios socioeconómicos, pero sin transformación interior. Por eso advertía que toda revolución verdadera necesita tanto el cambio de estructuras como el cambio del corazón.

Muchos de sus conceptos —biofilia, necrofilia, carácter social, alienación afectiva, ética humanista, espiritualidad sin dogma— se han vuelto parte del vocabulario contemporáneo. Pero más allá de los términos, lo que permanece es su actitud: una apuesta decidida por la transformación. No por la perfección ni por la pureza, sino por el crecimiento. No por la revolución violenta ni por la reforma tibia, sino por una utopía concreta: la de un ser humano reconciliado consigo mismo, con los otros, con la tierra, con el tiempo.

Fromm no fue ingenuo. Vio la crueldad del siglo XX, la maquinaria de guerra, el totalitarismo, el poder anónimo del capital, el vaciamiento de sentido en la era tecnológica. Pero eligió no rendirse. Siguió creyendo en la educación, en el diálogo, en la ternura, en la esperanza activa. Siguió escribiendo cartas, dando clases, conversando con estudiantes, practicando meditación, cuidando de su jardín, cultivando amistades, alimentando su alma. Vivió como pensaba. Por ello, en un mundo tan lleno de incoherencias, ya es un acto revolucionario.

Como él mismo escribió: “Tener esperanza significa estar listo en todo momento para lo que aún no ha nacido, pero no desesperarse si el nacimiento no ocurre en el lapso de nuestra vida” (Fromm, 1984, p. 7).

Su muerte en 1980, en Suiza, no apagó su legado. Sus ideas siguen fecundando campos tan diversos como la psicología humanista, la educación crítica, la bioética, la sociología cultural, la espiritualidad secular y los movimientos por la paz. No forman un sistema cerrado, sino una espiral abierta, que empieza en la experiencia del sufrimiento y conduce a la promesa del amor.

Si esa promesa ha de realizarse, no será por imposiciones externas, sino por decisiones internas. Como él advirtió en *Tener o ser*, necesitamos pasar de la utopía técnica a la utopía humana: “La meta no es dominar la

naturaleza, sino la técnica, las fuerzas sociales irracionales y las instituciones que amenazan la supervivencia...” (Fromm, 1984, p. 165).

La vigencia de estos pensamientos se evidencia en el contexto educativo actual. Al hablar con los alumnos sobre el miedo a la libertad, o sobre el tener y el ser, o sobre la posibilidad de amar sin poseer, se produce un silencio distinto en el aula: no de confusión, sino de reconocimiento. Como si algo olvidado se despertara. Como si alguien —un tal Fromm— les hablara desde lejos, pero en voz baja, al oído, para recordarles que aún pueden vivir con sentido.

Quizás eso sea, al final, uno de los aspectos más valiosos del legado de Fromm: no ofrece recetas ni impone modelos cerrados, sino que invita al coraje ético. Su propuesta no se orienta hacia la promesa de una utopía futura, sino hacia una transformación que comienza en el presente, en lo concreto, en lo cotidiano. Llama a elegir el ser por encima del tener, y a volver a amar la vida. En palabras de Fromm (citado en Funk, 1987) “Si diez personas deciden vivir desde el ser, ya se ha encendido una luz en la oscuridad.”

Reflexiones finales

Este ensayo nació de una inquietud profunda: ¿puede el pensamiento de Erich Fromm, psicoanalista humanista del siglo XX, convertirse en un faro ético para navegar la complejidad del siglo XXI? Como hipótesis central, se sostiene que su propuesta de un Humanismo Radical, centrada en la ética del ser, conserva una vigencia decisiva para resignificar la libertad, la espiritualidad y la forma de estar en el mundo. Tras examinar sus raíces judías y su formación talmúdica, su reelaboración crítica del psicoanálisis, su vínculo con la Escuela de Frankfurt, su lectura humanista de Marx, su apertura a una espiritualidad sin dogmas en diálogo con el budismo zen, y su propuesta ética centrada en el ser, la respuesta es clara: sí, puede. No como un modelo cerrado, sino como una orientación lúcida, coherente y profundamente transformadora.

El Humanismo Radical de Fromm no ha perdido actualidad: se ha vuelto más urgente. En un mundo donde el tener ha eclipsado al ser, donde la tecnología avanza más rápido que la conciencia, y donde muchas personas —especialmente los jóvenes— buscan sentido en medio de un vacío que ni el consumo ni la información pueden llenar, su pensamiento ofrece una alternativa ética que no impone, sino que invita; que no moraliza, sino que humaniza; que no exige perfección, sino autenticidad.

Se ha intentado mostrar cómo Fromm logra articular, con profundidad y coherencia, saberes muy diversos sin perder el horizonte ético: entrelaza religión y laicismo, psicoanálisis y filosofía, sociología crítica y espiritualidad, razón y afectos. Desde sus raíces en el Talmud hasta su diálogo con el zen, pasando por su crítica del capitalismo y su lectura creativa de Marx, su pensamiento integra complejidad sin caer en el relativismo, y plantea una ética sin caer en el dogmatismo. Su crítica al carácter social mercantilista, al “hombre sin rostro” y a la cosificación del sujeto en la sociedad tecnificada no se queda en el diagnóstico: se convierte en una llamada a la transformación profunda.

Dicha transformación, no es solo conceptual o estructural, sino vital. Fromm invita a salir de la necrofilia cultural —la fascinación por lo muerto, lo mecánico, lo controlable— y a cultivar una disposición biofílica: una apertura amorosa a la vida, una manera ética de habitar el mundo desde el cuidado, la creación y el respeto. Esta oposición no es simbólica, sino concreta. O se reproducen los mecanismos que deshumanizan, o se elige conscientemente vivir desde el ser.

Desde la experiencia docente, se ha intentado mostrar también cómo este pensamiento no es solo una propuesta teórica, sino una herramienta viva para el acompañamiento ético de los jóvenes. Porque en el aula no solo se transmite conocimiento: se siembra sentido. Al entrar en contacto con la ética del ser, muchos estudiantes experimentan un reconocimiento silencioso, expresado en gestos, pausas o interrogantes. Fromm no adoctrina, acompaña. No da respuestas cerradas, abre preguntas esenciales. Esa actitud —de comprensión humana crítica— lo vuelve profundamente pedagógico.

Igualmente, este ensayo ha procurado cumplir con su propósito general: recuperar, reinterpretar y revalorizar el legado de Fromm, mostrando cómo sus intuiciones más radicales —sobre la libertad, el amor, la educación, la economía, el trabajo, el cuidado, la esperanza— pueden reactivarse en el presente como faros éticos, filosóficos y espirituales. Su vida misma fue testimonio de esa coherencia: pensó lo que vivió y vivió lo que pensó. No enseñaba desde la torre de marfil, sino desde la experiencia. Escribía cartas, practicaba meditación, cuidaba su jardín, cultivaba amistades. Fue un extraño —en su religión, su escuela, su tiempo— y desde esa extranjería nos ofreció un faro ético sin imposiciones.

En este punto, su noción de *esperanza activa* adquiere todo su sentido. No como consuelo ingenuo, sino como coraje lúcido. No como ilusión, sino como decisión ética de seguir sembrando, aunque no se vea la cosecha; sin desesperar porque esta no ocurre en el lapso de nuestra vida.

A las nuevas generaciones — estudiantes, hijos, colegas jóvenes— se les propone considerar este legado: el de un pensamiento que no teme al conflicto, que se atreve a la ternura, que abraza la complejidad, y que elige vivir desde el ser. Un pensamiento que recuerda que no basta con existir: hay que vivir humanamente, con amor, con lucidez, con libertad.

Porque si diez personas —o incluso una— deciden vivir desde el ser, ya se habrá encendido una luz en la oscuridad. Y aunque esa luz no fuera suficiente para cambiar el mundo entero, al menos bastará para cambiar la forma en que lo habitamos.

REFERENCIAS

Fromm, E. (1982c). *La revolución de la esperanza*. Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1968).

Fromm, E. (1983). *El corazón del hombre: Su potencia para el bien y para el mal*. Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1964).

- Fromm, E. (1984). *¿Tener o ser?* Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1976).
- Fromm, E. (2005). *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea: Hacia una sociedad sana*. Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1955).
- Fromm, E. (2006). *El miedo a la libertad* (4ª ed.). Paidós. (Obra original publicada en 1941).
- Fromm, E. (2008). *Ética y psicoanálisis* (4ª ed.). Paidós. (Obra original publicada en 1947).
- Fromm, E. (2019). *Marx y su concepto del hombre*. (J. Campos, trad.). Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1961).
- Fromm, E. (2024). *El arte de amar*. (N. Rosenblatt, trad.) Ediciones Paidós. (Obra original publicada en 1956).
- Fromm, E., Suzuki, D. T. (1982). *Budismo zen y psicoanálisis*. Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1960).
- Funk, R. (1987). *Erich Fromm: su vida, su pensamiento, su carácter*. (L. López Ballesteros, Trad.) Paidós. (Obra original publicada en 1984).
- Marx, K. (2008). *Contribución a la crítica de la economía política*. (M. Sacristán, Trad.) Siglo XXI Editores. (obra original publicada en 1859)
- Waldman, M. (1989). *La Escuela de Frankfurt*. Editorial Biblos.

Contribución Autoral

Autor: Desarrolló la totalidad del trabajo desde la selección de la bibliografía, la recolección de datos, la redacción del artículo y la discusión de los resultados con el manejo de datos.